

LA FRATERNIDAD

“Qué dulce y agradable es para los hermanos vivir juntos y en armonía (Sal. 135,1)

La comunidad es un **DON del Espíritu**. Es una gracia tener hermanos. Es un *regalo*, no depende de los cristianos, formar parte de una comunidad, sino que viene de Dios. No es una construcción humana, sino que es creación de Dios.

Comunidad cristiana significa **comunión en Jesucristo y por Jesucristo**. Ninguna comunidad cristiana podrá ser más ni menos que eso. Y esto es válido para todas las formas de comunidad que puedan formar los creyentes, desde la que nace de un breve encuentro hasta la que resulta de una larga convivencia diaria. Si podemos ser hermanos es únicamente por Jesucristo y en Jesucristo. Es Jesucristo el que fundamenta la necesidad que tenemos los creyentes, unos de otros. Sólo Jesucristo hace posible su comunión, y es Jesucristo quien nos ha elegido para que nos acojamos durante nuestra vida y nos mantengamos unidos.

Lo que Cristo ha fundado desde siempre con todas y cada una de las comunidades es la **fraternidad cristiana**. Toda comunidad se siente continuidad con el grupo de los que seguían a Jesús. El los llama personalmente, para vivir en comunión con El y con los otros discípulos, para compartir su vida y su destino.

¡Lleven los unos las cargas de los otros, así cumplirán la ley de Cristo” (Gal 6,2)

En toda dinámica comunitaria, Cristo, sigue siendo el modelo y la medida de cómo se construye la unidad y la fraternidad. Debemos amarnos como El nos ha amado, el amor de Cristo, derramado en nuestros corazones, nos impulsa a amar a los hermanos y hermanas *hasta asumir sus debilidades, sus problemas, sus dificultades*, en una palabra, hasta darnos a nosotros mismo.

El ideal comunitario no debe hacer olvidar que toda realidad cristiana se edifica sobre la debilidad humana, **la “comunidad ideal” perfecta no existe todavía**. Las comunidades, por lo tanto, no pueden evitar todos los conflictos; la unidad que han de construir es una unidad que se establece al precio de la reconciliación. La situación de imperfección de las comunidades no debe descorazonar.

Desear algo más que lo que Cristo ha fundado entre nosotros, no es desear la fraternidad cristiana, sino ir en busca de quién sabe qué experiencias extraordinarias que piensa que va a encontrar en la comunidad cristiana y que no ha encontrado en otra parte, introduciendo mis propios deseos, mis propios sueños. Por eso es importante, concienciarse de que en primer lugar: **la fraternidad cristiana no es un ideal humano, sino una realidad dada por Dios, y en segundo lugar, que esta realidad es de orden espiritual y no de orden psíquico**.

Muchas comunidades cristianas han fracasado por vivir con una imagen quimérica de comunidad. Es lógico que el cristiano, cuando entre en la comunidad lleve un ideal de lo que ésta debe ser y que trate de realizarlo. Sin embargo, la gracia de Dios destruye constantemente esta clase de sueños. Decepcionados por los demás y por nosotros mismos, Dios nos va llevando al conocimiento de la auténtica comunidad cristiana.

Podemos hacer dos cosas: **vivir en nuestros sueños**, de experiencias embriagadoras y de exaltación piadosa, o **celebrar el gozo de vivir fraternalmente con otros hermanos a los que Dios nos ha puesto al lado, sean quienes sean.**

Porque Dios no es un dios de emociones sentimentales, sino del Dios de la realidad. Por eso, sólo la comunidad que, consciente de sus tareas, no sucumbe a la gran decepción, comienza a ser lo que Dios quiere. Cuando antes llegue esta hora de desilusión para la comunidad y para el mismo creyente tanto mejor para ambos.

FUNDAMENTAL PARA VIVIR LA FRATERNIDAD EN LA COMUNIDAD CRISTIANA:

La gratitud.

La gratitud es esencial en la vida cristiana comunitaria. Dios concede lo mucho a quien sabe agradecer lo poco que recibe cada día. Debemos dar **gracias a Dios diariamente por la comunidad cristiana a la que pertenecemos.** Aunque no tenga nada que ofrecernos, aunque sea pecadora y de fe vacilante. Pero si no hacemos más que quejarnos ante Dios por ser todo tan miserable, tan mezquino, tan poco conforme con lo que habíamos esperado, estamos impidiendo que Dios haga crecer nuestra comunidad según la medida y riqueza que nos ha dado en Jesucristo. Si Dios quiere que estés en esta comunidad, no le busques ninguna razón, no hay razones humanas válidas para Dios, la justicia divina es diferente a la justicia humana, los planes de Dios no son los planes de los hombres, por muy extraña que su voluntad nos parezca.

Cambiamos la situación, para vivir en auténtica fraternidad, debemos **disfrutar de cada una de las pequeñas cosas que Dios nos concede en nuestra comunidad.** Demos gracias a Dios por lo que él ha obrado en nosotros. Le agradecemos que nos haya dado hermanos que viven, ellos también, bajo su llamada, bajo su perdón, bajo su promesa. No nos quejemos por lo que no nos da, sino que le demos gracias por lo que nos concede cada día. Nos da hermanos llamados a compartir nuestra vida pecadora bajo la bendición de su gracia. ¿No es suficiente? Por tanto, la verdadera comunidad cristiana nace cuando, dejándonos de ensueños, nos abrimos a la gracia que nos ha sido concedida.

“Ámense los unos a los otros con afecto fraterno, rivalizando en la estima recíproca” (Rm 12, 10);

“Respétense los unos a los otros. (1Cor 11, 33)

“confortense mutuamente” (1 Tes 5, 11);

“sean benévulos y misericordiosos los unos para con los otros, perdonándose mutuamente” (Ef 4, 33).

Cultivar las cualidades de las relaciones humanas:

Educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación, alegre sencillez, sinceridad y confianza mutua, capacidad de diálogo, la adhesión sincera a una benéfica disciplina comunitaria.

Alegría:

La paz y el gozo de estar juntos siguen siendo uno de los signos del Reino de Dios. La alegría de vivir, aun en medio de las dificultades del camino humano y espiritual y de las tristezas cotidianas, forma ya parte del Reino. Esta alegría es fruto del Espíritu. Una fraternidad sin alegría es una fraternidad que se apaga. Una fraternidad donde abunda la alegría es un verdadero don de Dios que saben aceptarse y se comprometen en la vida fraterna confiando en la acción del Espíritu.

Celebrar fiesta juntos,
concederse momentos personales y comunitarios de distensión,
tomar distancia de vez en cuando del propio trabajo,
gozar con las alegrías del hermano,
prestar atención solícita a las necesidades de los hermanos y hermanas,
entregarse generosamente al trabajo apostólico
afrontar con misericordia las situaciones,
salir al encuentro del futuro con la esperanza de hallar siempre y en todas partes al Señor,

TODO ESTO alimenta la serenidad, la paz y la alegría....

Comunicar para crecer juntos

La comunicación es uno de los factores humanos que adquieren una creciente relevancia para la vida de la comunidad. La exigencia de incrementar la vida fraterna lleva consigo la correspondiente necesidad de una más amplia e intensa comunicación. Para llegar a ser verdaderamente hermanos y hermanas es necesario **CONOCERSE**. Para conocerse es importante comunicarse cada vez de forma más amplia y profunda.

La afectividad

La vida fraterna en común, exige, por parte de todos, un buen equilibrio psicológico sobre cuya base pueda madurar la vida afectiva de cada una. Pero componente fundamental de esta madurez, como bien recalcamos antes es que se ama según la vocación y, es decir, ama desde Dios.

Por lo tanto, resumiendo, para conseguir esta sinfonía comunitaria y apostólica es preciso:

Celebrar y agradecer juntos el don común de la vocación y misión. Don que trasciende de toda diferencia individual y cultural. Promover una actitud contemplativa ante la sabiduría de Dios, que ha enviado determinados hermanos a la comunidad para que sean un don los unos para los otros. Alabarle por lo que cada hermano transmite de presencia y de la palabra de Cristo.

Cultivar el respeto mutuo, con el que se acepta el ritmo lento de los más débiles y, al mismo tiempo, no se ahoga el nacimiento de personalidades más ricas. Un respeto que favorece la creatividad, pero que es también una llamada a la responsabilidad y al compromiso para con los otros y a la solidaridad.

Ser signo de esa fraternidad ante el mundo, una comunidad será fecunda según la calidad de la vida fraterna en común.

Texto extraído de entre varios documentos, especialmente del libro "Vida en Comunidad" de Dietrich Bonhoeffer, Ed. Sígueme - Salamanca 1.985 y Las Sociedades de Vida apostólica: La vida fraterna en comunidad, del Cardenal Martínez Somalo, Roma, 1.994.